

Koldo Pastor y Adriana Olmedo: La banda sonora de nuestra vida

Jesús Arana: Como sabéis, el próximo número de nuestra revista vamos a dedicarlo a la música y en concreto a la música en Navarra. A menudo se puede tener la impresión de que como bibliotecarios estamos mejor informados sobre lo que ocurre en el mundo de la literatura o del cine, que en el de la música. Como si se nos olvidara que la música forma parte igualmente de nuestras colecciones y está cada vez más presente en las actividades que programamos en las bibliotecas. Aunque es posible que sencillamente nos asuste adentrarnos en un mundo que es tan complejo, tan plural y tan rico. Esta mesa redonda, a la que hemos llamado *La banda sonora de nuestra vida* (un título nada original, por otra parte) es un intento por conocerlo un poco mejor. Hemos querido rodearnos de dos músicos muy diferentes —Koldo Pastor y Adriana Olmedo— para repasar con ellos su vida al hilo de las cinco o seis canciones o piezas musicales que han elegido porque las asocian con algunos momentos importantes de su pasado. Empezamos con Koldo Pastor.

De que Koldo es un personaje importante en la música navarra da idea el hecho de que aparezca citado en algunas enciclopedias, como el *Diccionario de la música española e hispanoamericana*, dirigido por Emilio Casares Rodicio... Ahí se puede leer Koldo Pastor Arriazu, Pamplona, 1 de enero 1947. Empecemos por el principio. ¿Qué recuerdos tienes de tu infancia? ¿Dónde vives los primeros años?

Koldo Pastor: De mi infancia recuerdo una Pamplona que no tiene nada que ver con la actual, evidentemente. Una Pamplona muy aldeana, llena de curas, de militares, de desfiles y de procesiones. Una escuela muy restrictiva y muy represora. Recuerdo una calle (la calle Tudela, que era donde vivíamos) en la que había dos coches contados, y jugábamos los críos en la calle a los bolos. Una Pamplona de la que te salías prácticamente cuando dabas cuatro pasos, porque sin darte cuenta ya estabas en la Vuelta del Castillo o en la Taconera o en la Rochapea...



J. A.: ¿Erais muchos hermanos?

Koldo Pastor: Sí, seis hermanos de edades muy parecidas, nos llevábamos un año cada uno con el siguiente y tuvimos ocasión de hacer muchas trastadas, primero porque éramos todo chicos menos una chica y después porque vivíamos en una zona apta para ese tipo de correrías porque estábamos al lado de la Vuelta del Castillo. De la infancia creo que casi nadie de nuestra generación y de este lado del planeta tenemos una mala experiencia; todo el mundo tiene grandes recuerdos y yo no soy una excepción.

J. A.: ¿Y recuerdos relacionados con la música?

Koldo Pastor: Mis recuerdos, como los de casi todos a los que nos gusta la música intuitivamente, son muy tempranos. Yo empecé en la antigua Academia de Música, que en aquella época estaba en la plaza del Vínculo, que ninguno de vosotros habréis conocido, y que dio paso luego al Conservatorio Pablo Sarasate de la calle Olite. Pero en aquella época todavía íbamos a la Escuela Municipal de Música, íbamos una buena cuadrilla. Era una escuela muy pequeña con pocos profesores y pocos alumnos, y parte de la enseñanza musical de aquella época, aparte de que había mucho “autodidactismo”, se hacía en escuelas paralelas como los Amigos del Arte, pseudo-academias.

J. A.: ¿Recuerdas por ejemplo la primera vez que fuiste a un concierto, el primer disco que te compraste?

Koldo Pastor: Sí, los primeros conciertos que escuché creo que fueron precisamente los de La Pamplonesa, que en aquella época los daba en la Taconera, y a veces en el quiosco de la plaza del Castillo. Pero sobre todo los conciertos de quien fue mi profesor, el señor Sorbet, solían hacerse en el Bosquecillo. Allí ponían el quiosco y lo preceptivo, con los padres encantadores que teníamos, era ir a misa y luego al concierto. Eran las costumbres de la época. Parece que estoy hablando de hace doscientos años, pero todavía me considero joven...

J. A.: Si te parece bien, escuchamos la primera canción que has elegido, *The Savage* del grupo The Shadows. ¿Por qué esa canción?

206

Koldo Pastor: Mi primera experiencia musical importante fue, y me encanta decirlo, en el mundo de la música (de aquella época) rock. Yo participé en un conjunto que fue muy famoso porque estuvimos dando conciertos por toda España con Los Brincos, con Los Pekenikes y demás. Grabamos unos cuantos discos, salimos en televisión. Con diecinueve, con veinte años, fue una experiencia muy intensa, y no solo musicalmente hablando. A aquella época pertenece esta canción que acabamos de escuchar. Junto con los Beatles, los Shadows era uno de los conjuntos estrella que teníamos como referentes, aunque nosotros teníamos nuestras propias canciones...

J. A.: ¿Cómo se llamaba vuestro grupo?

Koldo Pastor: Los Junior. Y esta era la clase de música que hacíamos. De hecho, esta que acabamos de escuchar creo que era una especie de sintonía que usábamos en algunos de nuestros conciertos. Entonces hicieron eclosión en Pamplona varios conjuntos. Empezaron a venderse unas guitarras eléctricas muy divertidas. Si las viésemos ahora nos sorprenderían. Yo era guitarrista y se hacían conciertos muy numerosos, de muchísima gente joven, en el cine Aitor, por ejemplo, o en los institutos, en el antiguo Olimpia...; recorríamos los escenarios típicos de Pamplona para ese tipo de actividades a las que iba muchísima gente, insisto, y ahí teníamos nuestra montaña de fans.

J. A.: El mayo del 68, pero en Pamplona.

Koldo Pastor: Sí, más o menos. Incluso muchos de los actuales políticos participaban en aquellos conjuntos.

J. A.: ¿Había una vida musical intensa?

Koldo Pastor: Sí, porque era precisamente cuando entre la gente joven empezó ya a difundirse la música rock, la música electrónica... y tenía un gancho terrible. Eran la novedad. Por supuesto, estaba también el enfrentamiento radical con la generación anterior que nos llamaba de todo: peludos, hippies... Bueno, no sé si todavía se hablaba de hippies pero lógicamente nos tenían enfilados, tanto en casa como fuera, porque representábamos la progresía de la Pamplona de los sesenta.

J. A.: ¿Y actuabais también fuera de Pamplona, salíais de gira?

Koldo Pastor: No mucho. Nosotros salimos de viaje cuando ganamos un concurso muy importante y entonces nos fuimos de profesionales a Barcelona, lo cual fue un *shock*, porque salir de aquella Pamplona mentecata, restrictiva, aburrida y represora (no descubro nada si digo que la nuestra fue un auténtico fraude de juventud) y llegar a Barcelona y encontrarnos allí con un ambiente que era justo lo contrario y más nosotros que íbamos a una sala de fiestas de profesionales... Fue como salir del limbo y entrar en lo que nos decían que era el infierno. Luego ya, una vez rota la primera impresión, estuvimos en Palma, en Valencia, en Madrid...

J. A.: ¿Siempre con el mismo grupo?

Koldo Pastor: Sí, sí.

J. A.: ¿Y esto lo compatibilizabas con los estudios? ¿Estudiabas entonces?

Koldo Pastor: No, entonces me dedicaba solo a golfear. Por eso mi trayectoria musical no es rectilínea sino un tanto curva, está llena de meandros.

207

J. A.: Si te parece, ponemos la segunda canción (*Ticket to Ride*) una de The Beatles...

Koldo Pastor: Esto lo cantamos muchísimas veces, en un inglés macarrónico porque nuestro cantante era un señor de la Navarra profunda, concretamente un falcesino, Alberto Ochoa, que de inglés sabía lo mismo que yo de árabe, aunque ahora vive en California y hablará un correctísimo inglés, supongo. Entonces debía de cantar bastante bien porque los que iban a los conciertos decían que entendían "algo".

J. A.: ¿Por qué has elegido esta canción de los Beatles y no cualquier otra?

Koldo Pastor: Por nada en particular, cantamos bastantes de los Beatles.

J. A.: Bueno, decías que tu carrera musical ha sido bastante irregular...

Koldo Pastor: Sí. Digamos que está llena de elipsis. Esto fue en mis comienzos. Yo entonces era guitarrista, también era vocalista, no era solista pero cantaba también; cantábamos todos en realidad y no es por nada pero fuimos un grupo bastante exitoso en directo. De hecho nos tocó actuar con los famosos Pekenikes muchas veces, con Los Brincos, y solíamos tener más éxito en directo incluso que ellos. Llegamos a ser profesionales, bien es verdad que de una profesionalidad un tanto especial porque yo en menos de dos años volví a mi casa con la guitarra y la ropa, ni una peseta de entonces, nada. Y ganamos bastante pasta pero la gastábamos igual que la ganábamos.

J. A.: ¿Cuándo empiezas ya a estudiar de forma más académica?

Koldo Pastor: Después de aquella historia me di cuenta de que si quería ser músico tenía que planteármelo de diferente manera y tenía que empezar a estudiar. Bien es verdad que mi estilo de vida fue complicado porque me casé joven y tuve que trabajar. Además la carrera que elegí, la de dirección y composición, es bastante larga y complicada. Sin contar con



208

que te obliga a viajar mucho, a hacer estudios en otros sitios, porque la Pamplona de los setenta, que es cuando yo empecé a estudiar, no ofrecía grandes expectativas desde el punto de vista de la enseñanza musical y teníamos que salir fuera. De hecho, yo participé del grupo de compositores de Pamplona, Iruñeko Taldea, que se formó aquí pero viajamos mucho porque teníamos que tener contacto con Barcelona, con Madrid... Nos vimos forzados a buscar profesores de cierta importancia porque cuando uno es joven le da igual, lo que quiere es terminar los cursos, sacar buena nota o aprobar, pero cuando ya eres un poco mayor tienes otra perspectiva y lo que quieres es formarte bien porque el mundo de la música, como el mundo del arte en general, es muy competitivo y no triunfan los que tienen papeles sino los que realmente tienen una buena formación y demuestran que funcionan.

J. A.: Todas las notas biográficas que he consultado mencionan a dos maestros: Agustín González Acilu y Ramón Barce. ¿Qué significaron para ti?

Koldo Pastor: Todo. Realmente el Conservatorio de Pamplona en aquella época en la calle Olite tenía un buen nivel de profesorado, había profesores muy buenos, pero eran muy pocos y en lo que a nosotros nos interesaba, que era la composición, aquí no había referentes y tuvimos que marcharnos fuera. Pero coincidió que había un director, Antonio Roa, por fin una persona de categoría en el Conservatorio, que se dio cuenta de que la forma de impulsar la composición, que es una de las materias que debían ser troncales en el mundo de la música y que hoy por cierto está totalmente descuidada, era traer dos grandes profesores y entonces trajeron a Acilu, alsuarra, no sé si dos o tres veces Premio Nacional de Música, un hombre que es uno de los referentes de la música contemporánea española; y lo trajeron a Pamplona junto con Ramón Barce que ya murió, que era un compositor extraordinario y sobre todo un gran teórico. Es él el que tradujo el Tratado de armonía de Arnold Schoenberg, un hombre de una cultura extraordinaria. Él nos dio unos cursos de una materia que ya no se da que es Sociología de la Música. Tuvimos pues la suerte de, por una conjunción astral, encontrar unos muy buenos profesores que fueron los que nos lanzaron al mundo de la composición. Una especialidad, como digo, muy poco valorada, muy mal pagada por no decir no pagada, y como la gente hoy es mucho más pragmática, realmente no hay compositores. Hay poquísimos gente que escriba, es una pena, pero es así. Esos fueron un poco los orígenes. Tengo que reconocer

que mis cualidades como instrumentista dejan mucho que desear. Desgraciadamente he sido muy poco disciplinado en la mecánica, aunque era guitarrista y tuve que hacer la carrera de piano, pero nunca he tenido grandes dotes para la interpretación manual, así que lo que me tiraba mucho era la composición y la dirección. Hice dirección de coro y orquesta, que es una carrera que cuesta mucho, porque aparte de la ya larga carrera de música son cinco años más, o sea que en el mejor de los casos la carrera de dirección se acaba a los 25 o 30 años. Estuve mucho tiempo dirigiendo Los Amigos del Arte (16 años), formé en aquella época el conjunto Paulino Otamendi, que era dentro de Los Amigos del Arte un grupo más especializado en música antigua.

J. A.: ¿Estamos ya en tus treinta años?

Koldo Pastor: Sí. Después de terminar la carrera de dirección estuve de director en el Orfeón Pamplonés, luego en la Coral de Cámara, había dirigido la Orquesta de Navarra, entonces Orquesta Pablo Sarasate, y he tenido ocasión de dirigir prácticamente todo en Pamplona: La Pamplonesa, ahora el Coro de Voces Graves... Me ha tocado el mundo de la dirección, que es un mundo muy apasionante, muy bonito, pero que obliga a hacer una especie de constante recorrido. Pasa como con los entrenadores de fútbol (aunque yo no soy futbolero), que van cambiando de vez en cuando, y los directores somos también de alguna manera itinerantes por diferentes grupos.

J. A.: Escuchamos la tercera pieza, que no sé si es todavía de tu época de juventud...

Koldo Pastor: La tercera pieza que vais a escuchar (*Garota de Ipanema*) es porque una de mis grandes aficiones como guitarrista ha sido la bossa nova. Esta es mi música predilecta. De hecho, cuando cojo la guitarra en casa, que es muy a menudo, hago estas cosas (entre otras). Está muy alejado de lo que practico desde hace bastantes años, que es la música sinfónica, pero es parte fundamental de mi formación musical y de mi trayectoria, lo cual es un tanto... no digo que poco normal, pero como los músicos sinfónicos en general suelen ser tan serios y tan limitados, lo que es normal por otra parte, porque hay tanto que aprender y que estudiar que no da tiempo..., pero a mí me ha tocado pasar por todas estas cosas.

209

J. A.: Has hablado antes del grupo de Pamplona Iruñeko Taldea, que ha estado compuesto por Jaime Berrade, Teresa Catalán, J. Vicent Egea, Patxi Larrañaga y tú mismo. Teresa Catalán es catedrática en Madrid, J. Vicent Egea sigue siendo director de La Pamplonesa, Jaime Berrade hace un año publicó una tesis sobre la música en Navarra, es decir que todos habéis seguido vinculados a este mundo... ¿Qué significó este grupo? ¿Qué objetivos tenía? Porque también tenía una parte de divulgación, hacíais unas jornadas de música vasca... Cuéntanos un poco.

Koldo Pastor: Cuando formamos este grupo, una de las cosas de las que adolecía el mundo de la música en Navarra e incluso me atrevería a decir que a nivel del estado, era de falta de divulgación de la música contemporánea, esta era la asignatura pendiente de los melómanos clásicos tradicionales. La gente hoy por hoy cuando va a un concierto lo que espera oír, ya sabéis, si vas al Baluarte a la Orquesta Sinfónica de Navarra o a la de Euskadi (bueno, esta es

un poco más atrevida) vas a escuchar a Mendelssohn, Beethoven, Tchaikovski y cosas así. Música contemporánea se oye muy poco y esta no es una especialidad sino una forma de expresión artística diferente, muy interesante y que refleja normalmente el espíritu de la época. En otras artes, por ejemplo en pintura, sería impensable que los amantes de la pintura solamente viesan Velázquez o Rubens. Quien va a ver una exposición tiene cierta familiaridad con la pintura contemporánea. En la música en general no pasa eso, el público de la música en general es tremendamente conservador y reaccionario, poco dado a experimentos y muy poco curioso. Nosotros pensamos que como grupo de compositores una de nuestras misiones, o una de nuestras ideas era precisamente difundir la música contemporánea. Creímos que era interesante ponernos en contacto con personas que, como nosotros, estaban inquietas en este mundo musical, los trajimos a Pamplona y nos encargaron en Donosti las Jornadas de Música Vasca, que organizamos durante seis años. Allí tuvimos la oportunidad de invitar a personas del mundo de la música contemporánea a nivel del estado, tanto intérpretes como compositores. Fueron muy exitosas, gustaron mucho a la gente, era un público realmente reducido, un poco especial pero estuvo muy bien.

J. A.: Eso era a mediados de los ochenta, entre el 84 y el 87, según he podido leer por ahí.

Koldo Pastor: Ha llovido mucho y seguimos con el mismo vacío.

J. A.: ¿Llegasteis a componer algo conjuntamente?

210

Koldo Pastor: Llegamos a componer cosas. Claro, la composición es algo individual, pero sí que hicimos obras conjuntas de forma que cada uno aportaba una parte; hicimos música coral, sinfónica, de cámara... y fue un experimento bonito mientras duró.

J. A.: A lo que llamas música contemporánea entiendo que pertenecen estas dos piezas cortas que acabamos de escuchar.

Koldo Pastor: He escogido dos piezas (Rautavaara: Lorca-Sarja) de cuando yo estudiaba dirección de coro y orquesta y empecé a dirigir la Coral de Cámara, que pretendí que hiciese bastante más música contemporánea, que por cierto hay maravillas de música coral contemporánea, e hicimos estas dos piezas.

J. A.: Una obra inspirada en poemas de Lorca.

Koldo Pastor. Sí, son todo poemas de Lorca.

J. A.: No es una música para cualquiera...

Koldo Pastor: Los tiempos que vivimos tampoco son para cualquiera...

J. A.: Es un grupo de Helsinki...

Koldo Pastor: Así es, el coro es magnífico. Curiosamente la mejor música coral que se ha hecho sobre poemas de Lorca la ha hecho un compositor finlandés. Este es finlandés. De todas maneras, en la música contemporánea pasa una cosa. Como he dicho antes, el arte serio refleja frecuentemente el momento que vive la historia y lógicamente los compositores vemos, o

ven, el lado dramático, de ahí es de donde sacan la referencia, la información. Cuando oyes, por ejemplo, el homenaje a las víctimas de Hiroshima, son músicas con muchísima tensión porque están reflejando tragedias, no podemos pretender de ninguna manera oír algo dulce ni maravilloso ni relajante, son músicas tensas. Y la música contemporánea tiene mucho de tensión porque una buena parte de lo que llamamos música contemporánea se está realizando en la época entreguerras, una época terrible, y compositores como Bartók, que vamos a oír ahora, y otros por el estilo, lo vivieron y lo intentaron reflejar en su composición. Insisto, no es una música que nos predisponga a un estado anímico de relajación o de buenas vibraciones. Como en la pintura, el que vea el Guernica de Picasso no está viendo un paisaje, está viendo una obra trágica. Y los poemas de Lorca que ha reflejado este hombre son bastante trágicos y les pone la música que considera que encaja con ellos. De todas formas, lo que le falta al público muchas veces, tanto al que ve como al que oye, son referencias. Y es muy importante tenerlas. ¿Quién o qué da referencias? La cultura. Y ¿qué es la cultura? O mejor dicho, ¿cómo la transmitimos? Hace falta dedicarle mucho tiempo, tanto en la formación de la gente joven como en la de la gente mayor. Si la gente tuviese más referencias porque tiene más cultura, porque se ha preocupado más de estas cosas, la podríamos entender. Pasa con todo igual, no solo con el arte moderno, con el antiguo también. Se han dado en la historia, no solo en la época actual sino mucho más atrás, momentos de incompreensión absoluta por parte de los que lo han disfrutado, tanto en la literatura, como sabéis bien, como en la pintura, como en la música. En tiempos de Mozart, hubo obras tuyas que no gustaron; en tiempos de Monteverdi, en 1600, hubo obras que no gustaron; en 1900 hubo muchas que no gustaron y se "pateaba" en los estrenos del señor Stravinski. Le patearon *La consagración de la primavera*. Siempre la capacidad de comprensión del público hacia lo contemporáneo es limitada, mucho más cuando hablamos del mundo del arte, no hablemos de la tecnología, claro. La gente, las novedades en algunos aspectos las vive con cierta naturalidad, como ocurre con la tecnología, pero otras cosas no las entiende. Alguien se compra un Ipad y ni se preocupa de cómo funciona ni por qué, pero lo disfruta y ya está; sin embargo, es incapaz de sentarse a oír un concierto de una música que no entiende o de leer una poesía de un poeta que no sabe qué está diciendo. En fin, que la capacidad de comprensión de lo que tenemos es muy limitada. Y en la música es igual.

211

J. A.: Escuchamos *Divertimento de Béla Bartók* y luego hablamos un poco de tu obra...

J. A.: Has compuesto obras corales, para música de cámara, obras orquestales, para piano, para banda, incluso para películas... ¿Tienen algo en común aunque sean géneros diferentes? ¿Consideras que tienes una poética musical propia, que hay algo que una a todas estas composiciones?

Koldo Pastor: No estoy muy seguro, creo que hay de todo. Soy bastante anárquico como forma vital y mi forma de escribir música es un poco a impulsos del momento. Soy una persona (y lo digo sin ambages) muy poco dada a ninguna confesión religiosa, más bien al revés, y sin embargo tengo dos *Stabat Mater*. Hace poco ha estrenado la Coral de Cámara una. No me dice nada desde el punto de vista sentimental, pero me dice mucho como un elemento para trabajar una partitura. De la misma forma hice una sinfonía que estrenó La Pamplonesa, una

sinfonía para banda que está en las antípodas. He elegido una pieza de Bartók para esta tarde [el Divertimento] porque es un compositor que ha conseguido una cosa que es muy importante para mí: unir la música popular, la música del folclore de su país con la música sinfónica. En este caso, el concierto para cuerdas es una obra muy especial, en la que muchos de los elementos que aparecen están sacados del folclore. A mí me atrae mucho esa idea porque estoy muy apegado al folclore del país y a las tradiciones y en mis obras suele haber un referente a lo próximo y esto es la música que más conozco, la de Euskalherria; siempre suele haber un elemento folclórico, y Bartók también lo hace, por eso lo elegí.

J. A.: ¿Y la música de cine?

Koldo Pastor: Montxo Armendariz, que es un buen amigo mío, me dijo alguna vez “oye, Koldo, ¿por qué no haces una cosa...?”. De hecho, hay una cosa que casi nadie sabe, y es que en una de sus películas, una armónica que suena soy yo. Antes de colaborar con él, ya Koldo Lasa, Xabi Otero... me habían hecho encargos y he colaborado en algunas cosas, no de mucha importancia. Bueno, una vez hice un largometraje para televisión.

J. A.: ¿Eres cinéfilo, te gusta el cine?

Koldo Pastor: No, no especialmente, he de confesarlo.

J. A.: ¿Y escuchar bandas sonoras?

212

Koldo Pastor: Tampoco. Hay grandes bandas sonoras y cosas muy interesantes, pero no me gusta especialmente. Lo que pasa es que la música de cine, como la de teatro, tiene una cosa muy buena y es que al compositor le permite un grado de eclecticismo mayor, de acuerdo con el contexto de la película. De hecho, la música que estamos oyendo en las películas actuales, por ejemplo, John Williams, que hace una música muy espectacular, muy de cine, que llega mucho, bastante facilota, pero estupendamente hecha; es una actividad creativa que te da pie a hacer cosas muy diversas, o sea, que sí que tiene un encanto y además... da dinero, ¡lo único que da dinero (aparte de la música publicitaria...)!

J. A.: Escuchamos Stravinski, un fragmento de *La consagración de la primavera*.

Koldo Pastor: Otro de mis referentes.

J. A.: Un par de preguntas más, antes de escuchar la última pieza. La primera es la siguiente. En tu carrera musical has ido compatibilizando la dirección musical, la dirección y la docencia, incluso has escrito algún manual didáctico, ¿en cuál de estas tres facetas te sientes más cómodo, en cuál te has sentido más gratificado, de cuál guardas momentos más memorables?

Koldo Pastor: A mí la docencia me ha enganchado muy fuerte. Mis muchos años en el Conservatorio como director de la orquesta y de la banda, han marcado mucho mi quehacer musical. Creo que es una de las disciplinas más hermosas, te pone en contacto con gente inquieta, con gente joven. Es una forma de participar de la ilusión de chicos de entre catorce y veintitantos años y creo que es una labor esencial que garantizará que dentro de un tiempo

haya gente bien preparada. Soy muy crítico con el sistema de enseñanza actual, creo que es enormemente imperfecto, no solo por razones presupuestarias ni por mala planificación ni por otras causas, con las que podríamos hacer un catálogo enorme, sino también porque el profesorado en muchos casos, no en todos, en un Conservatorio como el de Pamplona, que es superior y profesional, no está todo lo preparado que debiera estar. La realidad de la enseñanza de la música es complicada y tengo ganas de que un día me pongan un micrófono porque voy a decir muchísimas burradas porque conozco bastante bien el tema. Pero la pedagogía ha sido para mí una de las experiencias más importantes de mi vida musical. Ya no lo es, porque desgraciadamente me jubilé el año pasado. Digo desgraciadamente porque he perdido ese contacto tan directo. De hecho, me encuentro con muchísimos alumnos a los que conozco incluso por nombre y apellido, y es una de mis satisfacciones, que vayas por la calle y te asalten montones de chavales con ilusión. Dejar una impronta de este tipo marca mucho, deberíamos pasar todos por una experiencia parecida.

J. A.: Y la última pregunta: sobre el canon musical navarro, si pudiera hablarse de una cosa así. Si a ti te encargaran hacer una enciclopedia en la que tuvieras que incluir músicos que tuvieras la seguridad de que van a seguir interesando dentro de cien años, ¿nos podrías decir unos cuantos nombres, del s. XX para empezar?

Koldo Pastor: Hay unos cuantos. Hoy en Pamplona, con todas las grandes limitaciones que supone vivir aquí (digo esto porque los que realmente quieren hacer algo en el campo de la música, como en otros ámbitos de la cultura, tienen que buscarse la vida fuera), quedan elementos muy interesantes. Alguien a quien respeto mucho como amigo y como músico de enorme valor y que reside en Pamplona es J. Vicent Egea, del que he sido compañero. Es el director de La Pamplonesa, un gran director y un gran músico. Si me preguntan quién es el mejor músico que hay ahora en Pamplona, seguramente diría que J. Vicent Egea. Hay más gente muy buena, como Carlos Echeverría... sin descartar a Agustín González Acilu, de Alsasua, (con quien puedo estar en desacuerdo en muchas cosas estéticas pero reconozco que es un gran músico); Teresa Catalán, que es una estupenda profesora y que también está en Madrid. Hay cantantes muy buenos que estaban conmigo en la Coral de Cámara en aquella época y ahora están en el Coro Nacional o de RTVE; o sea que los realmente buenos, quitando alguno que queda por la Orquesta Sinfónica de Navarra y en La Pamplonesa, donde hay gente bastante buena, pero más que como músicos en el amplio sentido de la palabra, muy especializados; realmente en Navarra habría cinco nombres como mucho, que serían J. Vicent, Teresa Catalán, González Acilu... poco más.

J. A.: Pero sí que hay algunos intérpretes navarros con proyección internacional...

Koldo Pastor: Sí, en el mundo de la interpretación están María Bayo, Iñaki Fresán, Raquel Andueza... personas muy buenas en ese ámbito que es importante, sin duda, pero yo, cuando hablo de músicos, hablo en el sentido "grande" de la palabra, o sea, que además de interpretar, compone, escribe cosas interesantes.

J. A.: Escuchamos la última pieza, *Xalbadorren heriotza* de Erremun Martikorena.

Koldo Pastor: Sí, ahora diré por qué la he elegido. Yo he estado bastantes años en el Euskal Kantu Leihaketa y tuve ocasión de escuchar a Erramun Martikorena en Iparralde y me pareció un cantante extraordinario. Es la mejor versión que hay de esta canción, la forma más natural y más bonita de cantarla y por eso la he elegido, porque es una música que me ha marcado bastante.

J. A.: Sí, es preciosa. No sé si alguien quiere hacerte alguna pregunta...

Público: Koldo, has explicado extraordinariamente bien ese punto de por qué la gente es capaz de entretenerse y dedicar tiempo a la tecnología y en cambio no es capaz de hacer eso mismo con el arte ni con la pintura, la literatura, la música (igual con la música lo que menos). ¿Qué razón hay para esto? ¿Será porque todo el mundo ve que es útil o lo supone útil, le da una utilidad, le facilita algo?, ¿por qué será eso?

Koldo Pastor: Yo creo que lo has dicho muy bien. Creo que hay una especie de utilitarismo absurdo hoy en día, que lo inmediato es lo que funciona y lo que no es inmediato no funciona y, sobre todo, lo que hace pensar no interesa. Realmente, y yo lo he podido comprobar en mi larga experiencia como pedagogo y desgraciadamente tengo que decirlo, a los chicos jóvenes les hace mucho más efecto tener un cacharrito con teclás en la mano, por ejemplo un teléfono móvil de última generación, que escuchar con paciencia diez minutos una composición. Yo en clase del Conservatorio, una de las cosas que creía que era importante, para ellos y para mí, era explicarles música clásica, y me sorprendía cuando les ponía alguna cosa, no especialmente audaz sino cosas fáciles de escuchar como un fragmento de una ópera de Mozart o una cosa de Beethoven o algo así, y a los cinco minutos ya la atención del 90% estaba en la luna. Y decía, ¿por qué será que estos chavales son incapaces de estar diez minutos metidos en una cosa que, como no es visual, les obliga a cerrarse en sí mismos? Creo que hay una especie de miedo y de prevención a pensar y a cerrarse un poco dentro de sí. Hay una especie de hiperactividad general, y la hiperactividad general se satisface mucho más con las maquinillas y con lo inmediato que con lo que requiere razonar, discutir, y pensar. La música es un lenguaje muy abstracto, y por ello requiere una mentalidad o una forma de ver las cosas mucho más abstracta, mucho más de razonar o de introspección, y los tiempos que vivimos son malos para la introspección. Hoy parece que lo importante es el consumo de lo inmediato, de lo que se puede tocar; es una desgracia pero pasa en todo el arte en general, no solamente en la música, como habéis dicho, pasa en la literatura, pasa en todo y realmente es mucho más fácil leer una novelita corta de aventuras que leer poesía, que obliga a releer, a pensar, a descifrar. No entendemos los códigos, los hemos perdido.

J. A.: Lo que has dicho me parece muy importante. Precisamente porque al fin y al cabo somos mediadores y quizás tengamos alguna responsabilidad en esto de los códigos. Como decía al principio, creo que tenemos muy asumido este papel en lo que se refiere a las obras literarias, pero a veces se nos olvida que también podemos jugar un rol de mediación con el cine, la música, etcétera. Y creo que es positivo todo lo que sirva (como esta misma entrevista) para

familiarizarnos con un mundo que a veces nos resulta desconocido. Así que solo me queda agradecerte sinceramente, Koldo, tu presencia aquí esta tarde. En nombre de la revista TK y de los compañeros y compañeras.

[Aplausos]

Juana Iturralde: Buenas tardes. Tenemos con nosotros a Adriana Olmedo, seguramente conocida por muchos, y a quien hoy vamos a conocer todos un poquito más. El otro día me pasó Jesús un apretadísimo e intensísimo currículum profesional de Adriana que me dejó muy emocionada. Lo primero quería señalar (a la vista está) que es una mujer joven, nacida el 17 de marzo de 1977 en Pamplona. Podría decir de ella que es muy polifacética, porque es cantautora, actriz, compositora, escritora, productora de espectáculos teatrales a la carta, profesora, en fin, de todo. Mi primera pregunta es: tú cuando eras niña, ¿qué querías ser de mayor?, ¿querías ser algo?, ¿querías hacer todo esto?



215

Adriana Olmedo: Sí, yo tenía claro que me quería dedicar al teatro y a la música. Desde pequeña me decían ¿qué quieres ser de mayor? y yo decía: cantante-actriz-*showwoman*, lo tenía muy claro; al principio decía *showman*, pero luego me dijeron que tenía que ser *showwoman*.

J. I.: Así, ¿por este orden?

Adriana Olmedo: Sí, era así. Yo me inventé esa palabra. Desde muy pequeña lo que tenía muy claro era que necesitaba expresar y comunicar con el público. Al final todo lo que se me ha ido dando bien y lo que me gustaba, que era el teatro, la música, escribir, comparten esa necesidad de tener un interlocutor y llegar a comunicar algo. Casi todo lo que he hecho era mi meta, mi manera de caminar.

J. I.: En tu familia, ¿había algún tipo de antecedente artístico que empujara la vocación?

Adriana Olmedo: Sí. Mis tíos, todos, cantan muy bien, mi madre también canta muy bien. En mi familia yo siempre he dicho que el *cumpleaños feliz* se canta a cuatro voces; para mí era algo normal, me he criado con eso. Mis tíos cantaban en el coro del instituto, iban al Príncipe de Viana y Plaza de la Cruz, y a mí con seis años, como me gustaba mucho cantar, me llevaron al coro. Era la mascota. Iba allí, me aprendía todas las canciones y me ponían la primera porque era muy gracioso ver a una *monicaca* ahí cantando. La verdad es que fue así, con mi familia, poco a poco, como di los primeros pasos. Incluso lo de aprender a tocar la guitarra.

Cuando me agobié en el Conservatorio y me di cuenta de que yo lo único que quería era aprender a tocar la guitarra para cantar, mi tío me dijo “toma la guitarra”, me dio un libro de misa porque estaban todos los acordes y me dijo “apréndete los acordes”. Luego quedaba con él y tocábamos canciones de Tahures Zurdos. Por eso he escogido la primera canción de este grupo, porque con ellos empecé a tocar y a cantar.

J. I.: Tú habías empezado antes tu formación musical en el Conservatorio, ¿no?, ¿qué estudiaste?

Adriana Olmedo: Sí, hacíamos solfeo, hacíamos coral y empecé a tocar flauta travesera; me aburrí de la flauta y empecé a tocar el piano. Pero era una adolescente muy inquieta, me aburría, yo ahí no me hallaba, y la verdad es que no lo aproveché. Luego con los años me he dado cuenta de que necesitaba haber sabido más de lenguaje musical, de armonía; incluso di clases después porque en ese momento no aproveché y me fui del Conservatorio.

J. I.: ¿Cuántos años tenías?

Adriana Olmedo: Empecé el Conservatorio con ocho años y aguanté hasta quinto. Con trece o catorce años ya estaba más que aburrida. Me gustaban los chicos, las faldas, estaba pensando en eso y pasaba muchísimo del solfeo.

J. I.: No es sorprendente. Después de hablar contigo en la comida y ver la relación de canciones que has elegido para esta tarde y que han significado algo importante en tu vida, hay mucha coherencia. Aquí nos viene Adriana cañera a tope. A veces yo pensaba “pero, nena, ¿qué es lo que te hicieron para tanto sufrimiento?”. La primera canción que ha elegido es *Afiladas palabras*, del disco Nieve negra de Tahures Zurdos, disco publicado en 1991, el tercero de la banda de Potasas, producido por la discográfica EMI. Vamos a oír a Aurora Beltrán doliéndose, malherida de un desengaño amoroso o de un mal amor o de esos que se te agarran al alma y no hay manera de sacudirlos.

216

[Suena *Afiladas palabras*]

¿Por qué has elegido esta canción?, ¿la descubriste en el momento en el que salió publicada, en 1991 con catorce años, o más tarde?

Adriana Olmedo: Más tarde. En el 91 fue cuando empecé a tocar la guitarra con mi tío Miguel, que era el que me enseñaba las canciones de Tahures, y fue cuando conocí Belladona. Supongo que un poquito más tarde empecé yo a hacerme con los discos y con las cintas y esta canción la he elegido porque con mi prima la escuchábamos y llorábamos en el cuarto, y yo la tocaba. Es curioso porque luego pasan los años, escuchas la letra y dices “pero si yo no entendía nada del mundo, de la vida, de nada” pero ahí estaba. Y ahora que lo has dicho es verdad, todas las canciones que he escogido son supertristes. Soy así, es verdad. Y con lo que compongo soy así. Me acuerdo de un concierto en la Casa de Cultura de Burlada, hace ya muchos años, en el que me dijo Ignacio, mi marido “voy a dejar de venir a tus conciertos” porque yo toco todo el rato desamores, y en algún momento él estaba entre el público y había una mujer que decía “qué mal le han tratado a esta mujer”, y a él le entraron ganas de decirle “oye, que lleva quince años saliendo conmigo, está muy bien, es muy feliz”.

J. I.: Igual es una especie de movimiento dogma musical, de estos que caña, caña, caña, historias bien duras y...

Adriana Olmedo: Sí, es lo que me gusta escuchar también.

J. I.: ¿Recuerdas tu primera actuación en público con tu guitarra?

Adriana Olmedo: Creo que fue cuando me presenté al concurso de cantautores de los Encuentros de Navarra. Sí, fue esa la primera vez que cogí la guitarra y me presenté ante el público. En el Gayarre.

J. I.: ¿Qué recuerdas de aquel momento?, ¿qué emociones?

Adriana Olmedo: Es curioso. Cuando empiezas a hacer algo, te mueve la inconsciencia, no te das cuenta del todo de lo que estás haciendo. En este momento pienso “aquel día, el Gayarre estaría lleno, habría un montón de gente”, pero entonces no era muy consciente. Ahora me da más miedo, conforme pasan los años cada vez siento más responsabilidad. Como soy una persona muy insegura, siempre con un sentimiento un poco melancólico y de tristeza, tengo tendencia a necesitar que todo el mundo sepa que canto, que canto bien, que hago bien las cosas. En aquel momento creo que era una especie de necesidad de mostrar al mundo “fijaos, esto hago, aplaudidme, amadme”.

J. I.: Repasando tu trayectoria profesional, tengo la impresión de que la denominación que podría abarcar a toda tu actividad e incluso a toda tu inquietud vital sería lo que podríamos calificar como una contadora de historias, que las cuentas con la palabra, con la música, con el cuerpo, con la expresión facial, y eso es lo que prima sobre todo, y que te has ocupado mucho de formar esa capacidad para expresarte. ¿Nos podrías un poco avanzar cuál ha sido tu formación? Estudiaste en la Escuela Navarra de Teatro, has hecho muchos cursos de interpretación, de mimo, de dirección, de guión, etc., o sea, no estás aquí ni has hecho todas esas cosas por casualidad, te has ido formando y aún sigues haciéndolo.

Adriana Olmedo: Sí, ahora menos, porque con la maternidad ya no hay tiempo para nada, no me da para seguir haciendo los cursos pero a mí me gusta aprender.



J. I.: ¿Cuándo empezaste la Escuela?

Adriana Olmedo: Terminé en el 2000, o sea que empezaría en 1997, con dieciocho o diecinueve años.

J. I.: ¿Y cómo recuerdas esa experiencia, esos tres años en la Escuela?

Adriana Olmedo: Lo de matricularme allí fue debido en parte a que llevaba ya mucho tiempo haciendo teatro. Mi abuelo dirigía y me había animado a participar en los grupos que él dirigía, así que tenía ya esa experiencia. Además, cuando sientes que tienes una intuición y te gusta hacer algo, vas haciendo un poco lo que sabes hacer. Pero no fue fácil, porque nada más entrar en la Escuela, la primera en la frente. Te corrigen: “no, esto que estás haciendo no está bien, esto hay que hacerlo así” y de repente te encajan. Hay que tener disciplina. Al principio fue duro. Pero para mí la Escuela Navarra de Teatro es un pilar fundamental en mi vida, tanto formativo como a la hora de comprender la forma en la que yo quería dedicarme a esta profesión y el hecho de enfrentarme al mundo. Creo que el teatro y todo lo que hay a su alrededor, y que yo he aprendido en la Escuela, es mi forma de ser en la vida. Casi todo lo que he aprendido allí, luego forma parte de tu vida diaria. No solamente a la hora de interpretar en el escenario: es una forma de presentarte, de querer ser. Por ejemplo, el hecho de estar aprendiendo constantemente, de no quedarte atrás, de sentir que no acabas de saberlo todo, que te puedes reciclar... todo esto, al fin y al cabo, no es solamente en el hecho actoral, sino que es

218

una forma de ser y eso se lo debo a la Escuela, porque me formó y me hizo como soy ahora. Por ejemplo, el clown, el payaso (que fue algo que descubrí, me gustó muchísimo y a lo que dediqué mucho tiempo) es esa necesidad de que el público se ría con su fracaso, que aceptes tu fracaso, que aceptes todo. El clown exige una sinceridad muy grande para que el público se ría. Si tú finges, si tú no eres sincera con eso, ellos nunca se van a reír. Y es lo mismo en todo lo que hago, mi forma de cantar es muy clown, a la hora de dar clase es muy clown, a la hora de escribir o de interpretar para mí es todo clown. Es aceptar qué haces bien y qué haces mal y que se van a reír cuando te caigas y que te tienes que reír porque te has caído y que tienes que aceptar que te has caído para que se sigan riendo. Creo que todo lo que he ido haciendo y aprendiendo se va sumando. Son como raíces de un mismo árbol, al final me parece que todo siempre va en la misma dirección, tiene el mismo sentido y lo llevo a cabo en casi todas las parcelas que realizo.

J. I.: ¿Te gustan las historias de perdedores? Lo digo por las letras. El segundo tema que has elegido, *Sucede de Extremoduro*...

Adriana Olmedo: Nunca lo había pensado.

J. I.: Me ha venido a la cabeza al hilo de lo que decías del clown, de hacer que la gente se ría de tu fracaso.

Adriana Olmedo: Pienso que los perdedores son al final más interesantes que los ganadores.

J. I.: Dice la letra: “*Sucede que me canso de ser hombre, sucede que me canso de mi piel y de mi cara...*”. Vamos a escuchar esta segunda canción que ha elegido Adriana, del grupo extremeño Extremoduro, que pertenece a su sexto álbum, *Agila*, el álbum que realmente los

lanzó a la popularidad de los grandes medios y al conocimiento del público más generalista, aunque entonces ya era conocido entre los seguidores del rock duro.

[Suena *Sucedé*]

Robe Iniesta se reivindicaba, en una entrevista que le hicieron en la revista *Rolling Stone*, como poeta por encima de todo, antes que músico. Él decía que el verdadero valor de la canción reside precisamente en las letras, que son ellas las que transmiten esas historias potentes, aunque la música es importante naturalmente. ¿Tú estás con él en esta afirmación?

Adriana Olmedo: Sí, a mí a la hora de que me guste algo (no digo de que sea bueno o malo), hay dos cosas que tengo en cuenta. Por un lado la letra, debe tener una letra que me transmita y con la que me identifique. Y luego, si no es una letra en castellano que yo pueda entender, si es en un idioma que no puedo entender, lo que me engancha es cómo canta esa persona, no si lo hace bien o mal, sino si comunica o no. Ya os he dicho antes que me ha costado un montón escoger seis, porque habría traído veinte canciones. Hay un compositor que se llama Will Oldham. Cuando yo lo vi en directo flipé. Había canciones que no me las sabía, no las había oído jamás, pero me ponía la carne de gallina verde, al cantar estaba como poseído por la canción. Verlo era alucinante. Eso es lo que busco. En realidad uno no trabaja para el público sino para sí mismo. Hay una paradoja ahí y es eso lo que me gusta. Me gusta la gente que hace lo que quiere hacer, que canta lo que quiere cantar, que escribe lo que necesita escribir, y que cuando lo comparte conmigo consigue que me identifique con lo que está haciendo, que me haga sentir que lo hace para mí. Incluso en el teatro me gusta eso. El artista que intenta gustar es el que no llega, por eso no me interesan las cosas comerciales y artificiales. En cambio, el artista que dice “yo hago esto, yo soy así”, es como el *clown*, “yo soy así, yo hago esto” y de repente hay algo de verdad y algo de interés, y eso es lo que a mí me engancha.

219

J. I.: Creo que eso se transmite en algunas canciones que he escuchado estos días para preparar la entrevista, que desconciertan al principio, porque puedes empezar un tema en un tono intimista y después es como si la historia te arrebatara, como si entraras en trance y terminas en un registro absolutamente distinto, o sea, absolutamente poseída por la canción. Me ha dado esa impresión con algunas canciones de *Con los pies en la tierra*.

Adriana Olmedo: Sí, no tengo canciones que tengan una estructura usual, suelen cambiar mucho. Cuando canto hay un poco de vómito, hay como una progresión.

J. I.: Este tema en concreto, ¿por qué lo elegiste?

Adriana Olmedo: Extremoduro ha sido y es uno de los grupos que a mí más me gustan. Ya decías que Robe es poeta, sus letras siempre me han encantado, me gusta esa mezcla de poesía bonita con brutalidad porque es un bestia, habla de sexo, las bragas de... Me gusta eso, me gusta esa realidad seca, fea a veces, con la poesía de las cosas que habla. Y como yo soy muy rockera, me encanta la música que hace, me gusta el ritmo. Es de los grupos de los que tengo todos los discos, o sea, soy muy fan de Extremoduro, es de los míos.

J. I.: Tú tienes tres trabajos discográficos, dos autoproducidos y el otro, *De mala gana*, que estáis en ello, ¿no? ¿En qué circunstancias o cuándo produces tu primer disco, *La fanfar del grito*?

Adriana Olmedo: *La fanfar del grito* fue, por decirlo así, el primero oficial, porque había hecho miles de maquetas ya en mi casa. *La fanfar* vino a raíz de ganar el concurso de Encuentros, que te daban dinero para grabar un disco. Me costó muchísimo tiempo, no recuerdo muy bien los años pero creo que, desde que gané hasta que grabé el disco, pasaron casi tres o cuatro años. Me costó mucho, porque estaba sola y siempre había tenido claro que no quería hacer un disco de cantautora sola con la guitarra. No era eso lo que a mí me gustaba, quería tener un grupo alrededor. Y en ese disco... no sé, supongo que les pasará a muchos artistas, a mí me cuesta mucho escuchar mis discos ahora porque hay muchas cosas que no me gustan. Al final, para lograr grabar esas canciones, me puse en contacto con Javier Bruna, que es un compositor y arreglista de Tudela y él me hizo arreglos, me puso en contacto con músicos y grabamos todos juntos. Fue estupendo. No reniego de ellos para nada porque son amigos, son compañeros y esa etapa la gocé muchísimo, pero no eran los arreglos que yo hubiera hecho, no eran los arreglos de mis canciones. Ahora lo oigo y me digo “no tenía que haber grabado eso así”, pero estaba sola y además no sabía. Me ha costado mucho tiempo saber qué era lo que quería hacer con mis canciones. Las componía, las dejaba ahí y pensaba “¿ahora qué hago con esto?, no sé en qué se tienen que convertir, no sé con qué instrumentos”. Necesitaba la ayuda de otras personas. He ido sabiendo a dónde quería llegar viendo que no quería hacer lo que estaba haciendo. Me ha costado dos discos ver que ese no era el camino que yo quería llevar. Y *La fanfar del grito* fue para mí un momento de muchísima alegría. Canté con Amparo de Amparanoia, que colaboró conmigo. Para mí fue muy importante, la sentí como madrina y eso me encantó. Era como ver materializado el sueño que tenemos todo el mundo.

220

J. I.: Y el segundo disco, *Con los pies en la tierra*, ¿también lo consideras así, un poco malogrado?

Adriana Olmedo: Menos. Por ejemplo dije “no quiero que me escribas arreglos, quiero que nos juntemos, que estemos haciendo, que le demos vuelta y que seamos nosotros quienes hagamos”. De esta manera se hizo el segundo. Pero coincidió que tampoco teníamos mucho tiempo para grabar, así que las cosas tampoco salieron del todo como quería...

J. I.: Este disco, *Con los pies en la tierra*, parece como una especie de menú degustación porque hay de todo: un tango, un corrido mexicano, una especie de copla, hay canciones más intimistas... y entonces no sé si es un desafío, es decir, “mira, aquí la polifacética, soy capaz de todo”, o es que realmente aún no habías definido bien tu propio estilo, no habías encontrado tu voz (bueno, las historias sí, porque lo que te define sobre todo creo que son las letras).

Adriana Olmedo: Mira, hay una pregunta que me han hecho siempre que es ¿cuál es tu estilo?, y nunca he sabido responder. No es solo en ese disco. Me ocurre siempre, desde que compongo. Un día hago una canción pop, otro día es más rockero, un día me apetece tango, y es verdad que mucho tiene que ver con lo que he escuchado. Yo escuchaba música desde pequeñísima; cuando tenía diez u once años, mi madre tenía unos amigos que tenían una tienda de

discos y para Reyes me regalaban grabaciones en cintas. Yo iba y escogía este disco, este y este y este y, como no podíamos comprar todos, me los grababan en cintas y, como eran amigos, solo les cobraban la cinta virgen. Mis influencias eran Michael Jackson, Kortatu, Barricada, y Hombres G y los Queen, o sea, era todo. He crecido diciendo “quiero hacer esto, y quiero hacer esto, y quiero hacer esto y esto”, y lo quiero hacer todo, quiero hacer tangos y sevillanas, y quiero hacer pop-rock y lo he ido haciendo. En realidad no tengo un estilo, tengo el estilo de que lo quiero hacer todo. Y no es por demostrar nada, sino que me gusta hacerlo así.

Ahora en el disco que estoy haciendo con el grupo De Mala Gana me han parado un poco los pies. Me han dicho “tenemos que hacer un disco que tenga una cierta coherencia, así que compón en una dirección”, así que ahora me ha tocado centrarme un poco, pero toda la vida he sido así, ecléctica.

J. I.: Rastreando estos días por la web, he podido leer muchas manifestaciones tuyas porque eres muy expresiva, y cuentas cómo al terminar tu formación, tus estudios en la Escuela Navarra de Teatro, te enfrentas al vértigo de “bueno, hemos terminado los estudios y ahí está el mundo esperándote”, y cuentas que te marchas al sur de Francia, ahí tienes la suerte inmensa de hacer de telonera con Manu Chao y tienes una relación bastante bonita con Amparo Sánchez, ¿nos puedes contar un poco qué ha significado Amparo Sánchez en tu formación o en el curso artístico?

Adriana Olmedo: Amparo Sánchez ha sido un faro, una guía para mí. Musicalmente me gustaba, aunque no era un grupo que dijera “guau, ¡cómo me gusta!”, porque tampoco me parecía que hiciera algo muy diferente, quizá el mestizaje..., pero era ella como mujer, y lo que iba haciendo y la forma de cantar y el compromiso, que sus canciones siempre tenían algo. Eran un estandarte, siempre tenían una dirección, eso era para mí lo importante. Y además fue coincidiendo que gente que yo conocía en Francia, la había conocido a ella y de la misma manera que yo, sola con la guitarra, tocando en bares sin que nadie la conociera. Había ido dando pasos..., y la gente me repetía “tu voz me recuerda a la de Amparo” y “fíjate, Amparo estuvo tocando aquí y yo la conocí”. Así que cuando volví, no sé a raíz de qué, alguien me dijo “pues escríbele y cuéntale”, y le conté en una carta “mira, he estado en Francia y...”. Y esta mujer es tan campechana y tan estupenda que cogió el teléfono y me llamó, “Adriana” y yo “sí”, “que soy Amparo” y yo “ay, Amparanoia”, “no, Amparo”, y me invitó a su casa, estuvimos grabando juntas, me acogió con los brazos abiertos. Es una mujer estupenda. Ha sido más que una influencia musical, una influencia como persona.

221

J. I.: Has elegido un tema de Amparo pero lo oiremos después, ya que en tercer lugar habías elegido *Chop suey*, de la banda armenio-estadounidense de metal alternativo System of a Down. *Chop suey* fue el primer sencillo de su segundo álbum de estudio *Toxicity*, que fue editado en 2001 y por el que consiguieron una nominación a los Grammy. Esta canción originariamente se titulaba *Suicidio*...

Adriana Olmedo: Ah, pues eso no lo sabía yo.

J. I.: ... y se publicó justamente y fue el disco más vendido en la semana del 11 de septiembre de 2001, del desastre de las Torres Gemelas. Y resulta que la letra hablaba de un suicidio colectivo, así que la cadena de radio Clear Channel decidió incluirla en la lista de canciones con títulos menos apropiados y decidieron no emitirla, decidieron censurarla. El grupo terminó cambiando el título de la canción, dicen ellos que no fue por presiones de la discográfica pero bueno, en fin, ahí queda.

[Suena *Chop suey*]

Adriana Olmedo: Me da vergüenza las cosas que he escogido [risas] porque ahí sentaditos escuchando...

J. I.: Para este tema tendríamos que haber puesto las imágenes del vídeo clip.

[Juana Iturralde describe lo que va apareciendo en el vídeo clip grabado en un estacionamiento de un motel de Los Ángeles, aparece la banda en un escenario rodeado de ninfas... Es una letra terrible, sobre el poder, la capacidad que tiene de arrastrar...]

Adriana Olmedo: Me costó escoger las seis canciones. Cuando terminé la lista, le dije a mi marido, "ya está". Él me preguntó las que había elegido y cuando se lo dije puso el grito en el cielo, y me hizo dudar, pero no le hice caso, era como si necesitara ser honesta conmigo misma, porque la banda sonora de mi vida sería larga pero, si tenía que escoger seis canciones que me habían impactado, esta tenía que estar. En realidad yo soy muy *heavy*, aunque luego cantando no se nota...

222

J. I.: ¿Qué te transmite esta canción?

Adriana Olmedo: La letra no sé, me acuerdo que lo miré, pero como mi inglés es como es, la leí y no entendí nada y ya no seguí intentando traducirla.

J. I.: Habla de cosas muy duras. Dice: "No creo que tú confíes en mi autosuficiencia para suicidarme, yo lloro cuando los ángeles merecen morir en mi autosuficiente suicidio, yo lloro cuando los ángeles merecen morir, padre, padre, padre, en ti encomiendo, padre, en tus manos pongo mi espíritu, padre, en tus manos, ¿por qué me has abandonado?..."., o sea, es todo un grito desesperado.

Adriana Olmedo: Yo escuché esta canción y me encantó, melódicamente me encanta el estribillo porque es muy bonito. Creo que es la canción que más veces he escuchado en mi vida. Me la ponía justo antes de los conciertos, y me da un subidón. Me encanta, me desahoga. Es un grupo que me gusta muchísimo y con el tiempo he ido haciéndome con todos sus discos. Es muy *heavy*. Solo la puedo escuchar cuando estoy sola en casa, porque mi marido no lo soporta. A raíz de descubrir este grupo, yo, que venía más del rollo Manu Chao, fue cuando dije "quiero hacer *heavy*, quiero volver al *heavy*", porque me daba cuenta de que tocaba eso pero en realidad lo que escuchaba eran grupos como este. Y aquí fue otra vez el comienzo de buscar otro sonido, de ponerme en contacto con otra gente, hacer otro tipo de música, y las canciones que toco ahora es a partir de este...

J. I.: Vamos a descansar un poquito del rock duro y vamos a pasar a algo más suave, aprovechando la riqueza de vertientes que atesoras. Seguramente la culminación o la plasmación de todas esas vertientes artísticas, de esa manera de ser tuya tan compleja, tan rica, con tantas dimensiones, sea el proyecto de “Solita Intencione”, háblanos un poco de “Solita Intencione”.

Adriana Olmedo: Es el nombre con el que yo empecé. Comencé haciendo maquetas en casa, y como era algo casi artesanal, le poníamos hasta el sello, y en el sello poníamos ese nombre. “Solita” porque estaba yo sola, e “Intencione” porque era algo que todavía no era real, era un proyecto que aún estaba formado por meras intenciones. Con el tiempo, las maquetas se fueron transformando en discos, y también se convirtieron en mi compañía de teatro. En realidad, confieso que nada en mi vida es fruto de un plan, todo pasa porque sí. Incluso mi entrada en el mundo del teatro fue casi por casualidad: me llamaron de **Gozamenez**. Llevaba tiempo colaborando con ellos, y me pidieron que escribiera para una sesión de cuentos sobre sexualidad. Lo vieron, les gustó, me propusieron que lo ampliara, que no quedara simplemente en un cuento, que lo transformara en un texto que pudiera representarse en teatro. Y, de repente, tenía una obra de teatro. Así fue el inicio de la compañía de teatro. Así que podemos decir que yo en principio tenía un nombre que me gustaba, que sugería cuál era la línea, la intención que tenía, y a partir de ahí fue surgiendo todo de una manera casi aleatoria, sin tener un plan trazado.

J. I.: Más tarde escribes una obra de teatro y te presentas al Certamen del Teatro Gayarre y ganas el premio.

Adriana Olmedo: Sí, realmente era la convocatoria del Ayuntamiento de Pamplona de textos teatrales para el público infantil. Aquel premio consistía en una aportación económica y la representación de la obra en la Escuela Navarra de Teatro. Justo aquel año coincidió que el Ayuntamiento quería hacer una colección de libros de escritores navarros y me propusieron editar el libro, se dio la circunstancia de que tenía escrita en aquel preciso momento la obra de teatro. Aquella edición me hizo una ilusión inmensa.

J. I.: ¿Cuál ha sido tu trayectoria teatral? ¿En qué obras has intervenido bien como actriz, como productora, o como autora?

Adriana Olmedo: Me inicié con esta obra que os he comentado, *Me lo hago sola*, que ha sido de las que más satisfacciones me ha aportado. Es una obra que no pensaba que fuera a tener la trascendencia que tuvo. Es una obra que se sigue representando desde 2009, incluso va cambiando la persona que lo cuenta y de esa manera se va enriqueciendo. Más tarde produje —junto con una compañera— una versión musical de *Lisístrata*, con la que nos dimos cuenta de que podíamos hacer cosas diferentes. También hemos realizado varias obras sobre el asunto de la violencia de género, igualdad, conciliación familiar... porque son temas que personalmente me inquietan mucho, sobre los que siento que tengo un compromiso: *Jugando espero, Ni un bolero más...*

J. I.: Entiendo que parte de estos trabajos tienen su origen en encargos de alguna entidad que quiere sensibilizar sobre esos temas y pretende fomentar ciertos valores...

Adriana Olmedo: Efectivamente, funciona en gran parte de esa manera. En muchas ocasiones me llaman, por ejemplo, de una Apyma preguntando si tenemos una obra que trate sobre la

igualdad de género, y ahí estamos nosotras para proporcionársela. Hasta ahora casi siempre nuestra labor ha sido la de creación. Pero justo en este momento tenemos en mente llevar a cabo una obra de teatro que no hayamos escrito nosotras... Está muy bien trabajar con textos propios, porque además te da la oportunidad de realizar obras a la carta, o tratar temas como te apetezca, pero nosotras no somos Chejov, y estamos echando de menos trabajar con esas grandes obras y autores de la literatura.

J. I.: Al hilo de este asunto, en las sesiones de cuentos, ¿trabajáis también con cuentos ajenos, o también son cuentos escritos por vosotras?

Adriana Olmedo: Hay algunos escritos por nosotras —como *Me lo hago sola*— pero en la mayoría tan solo realizamos una pequeña introducción...

J. I.: También has trabajado en producciones para televisión, para Canal 4.

Adriana Olmedo: Sí, estuve durante año y pico realizando un programa infantil titulado *La buhardilla de Alú*, que se hacía en Canal 4 y que fue premiado por el Consejo Audiovisual de Navarra (existente hasta el pasado año, fue el último premio que concedieron). Era un programa que tenía un formato bastante sencillo, el protagonista era un alienígena que llega a la tierra y desea conocer cosas sobre Navarra. Era un programa con un presupuesto modesto, pero a mí me gustaba mucho porque me dio la oportunidad de plasmar en él recuerdos o elementos de otros programas infantiles con los que he crecido: *El planeta imaginario*, *La bola de cristal*, *Barrio Sésamo*... A raíz de que quitaran el programa, me dediqué a escribir la obra de teatro sobre el programa, *La buhardilla de Alú*, y en esa producción estamos ahora centradas.

224

J. I.: Volvamos de nuevo al terreno de la música. Vamos a escuchar *New Born*, del grupo musical británico Muse. Es la banda sonora de la película *Alta tensión*.

Adriana Olmedo: Muse es desde hace mucho tiempo el grupo que más me influye. Este tema que hemos escuchado es de los primeros, muy ruidoso y muy *heavy*. En sus últimos discos aparece una música casi clásica. También componen sinfonías. Es muy interesante comprobar la trayectoria de sus discos, ver cómo se va calmando. Yo misma tengo la sensación de que me he ido calmando a la vez que ellos, mi necesidad rockera se va serenando y transformándose en otros sonidos. Para mí este grupo es de los mejores en el panorama musical actual y la canción que hemos escuchado la he elegido porque es la canción con la que los descubrí.

J. I.: Pasemos a la siguiente canción, se trata de un tema de Amparo Sánchez titulado *Mi suerte*. Has hablado hace poco de lo que significó para ti —desde el punto de vista artístico y vital— conocer a esta antigua componente del grupo Amparanoia, que en 2010 editó su primer disco en solitario y en 2012 el segundo. Precisamente vamos a escuchar una canción de este segundo disco, *Alma de cantaora*, titulado, como decimos, *Mi suerte*. [Suena la canción].

Después de escuchar este tema, no hay duda de que te gustan canciones con letras poderosas, de denuncia social, denuncia política, que representan exaltaciones del estado de ánimo... ¿Piensas que los cantautores tienen la responsabilidad social de expresar la crítica

o la denuncia, de ser algo así como altavoces de la gente que no tiene voz? ¿O simplemente se limitan a expresar un estado de ánimo ante la situación?

Adriana Olmedo: Cuando conocí el grupo Amparanoia empecé a sentir esa necesidad de salir de mí misma. Hasta entonces todo lo que había escrito se centraba en el yo: yo me encuentro así, yo siento, yo hago... Si he elegido esta canción es porque fue la que me impulsó a dejar de mirarme el ombligo y mirar el mundo. Así que no sé si llega a tanto como una responsabilidad social, pero sí que es evidente que no te puedes olvidar nunca —a la hora de componer o de cantar— de que no estás solo, que el público no es un espejo para verte tú, sino que se tienen que establecer lazos que se ofrecen y se reciben. Por eso está bien hablar de compromiso, de crítica social, de necesidades... una manera de crear opinión. Eso es importante. Aunque tal vez sea un poco exagerado, o dé un poco de miedo, hablar de “responsabilidad social” porque cada uno es libre y decide lo que quiere hacer. Es posible que ya no exista esa figura del cantautor protesta, pero tanto en la música como en el teatro, en toda expresión artística, es fundamental ubicarse en el tiempo en el que se está y hacer referencia a dónde estamos y a lo que se está viviendo.

J. I.: En tu último trabajo, en ese proyecto de *Mala gana* se nota la evolución desde el punto de vista musical, en cuanto al sonido, los arreglos, las canciones... tengo la impresión de que es una evolución lógica en la formación, de que has recorrido un camino. Tal vez en un principio pretendías gritar más alto para que te oyeran, y ahora te interesa más y buscas que te escuchen.

Adriana Olmedo: Sí, es cierto, antes me interesaba y necesitaba que supieran que estaba ahí. Se trata de lo que te comentaba antes del grupo Muse. Sentía que había habido una evolución. Es cierto que con el tiempo musicalmente me he ido calmando y he ido encontrándome cómoda en otros registros. Ahora quizás pueda apreciarse más contundencia musical, pero no en la voz, en esa necesidad inicial de “gritar”.

J. I.: La última canción de las que has seleccionado es *Hurt* de Nine Inch Nails pero en la versión que realizó el gran Johnny Cash. Este fue su último gran disco antes de su muerte, y también con este disco se filmó un vídeo en el que aparecían imágenes de su trayectoria vital, aparece con su mujer, con su familia, etc. Así que escuchamos la voz profunda y personalísima de Johnny Cash.

Adriana Olmedo: Uniéndolo con vuestro trabajo, quería decir que en una ocasión, a nuestro club de lectura, acudió un escritor para hablarnos de su libro y una de las cosas que dijo es que si tú te lees un libro varias veces en la vida jamás lees el mismo libro. Va cambiando según la persona que tú eres en cada momento. Ponía el ejemplo de *El Principito*, que muchos hemos leído de niños, pero que lógicamente a esa edad no te enteras de muchas cosas. Luego vas cumpliendo años y vas encontrando detalles y elementos que no habías descubierto antes. En la música sucede lo mismo: una canción, por muchas veces que la escuches, nunca te enseña el mismo camino. Más aún si esa misma canción la escuchas de diferentes cantantes. Así, esta canción que acabamos de escuchar, en la voz de Johnny Cash, que no era quien la había escrito, cobra otro significado. En este caso, además, parece que la canción haya sido

escrita expresamente para él, estaba escrita justo para ese momento de su vida... Johnny Cash murió un año después de grabar el vídeo en el que interpreta esa canción. La música —cualquier expresión artística— es así, no se queda simplemente sobre la mesa, quieta, sin que el tiempo la modifique... Al contrario, cada canción se reconvierte, se recrea con cada interpretación, con cada escucha. Para mí, ahí reside uno de los grandes significados del arte: que va pasando el tiempo y sigue estando vivo, y sigue transmitiéndose, de diferentes maneras, reenunciándose...

J. I.: Bueno, pues lo vamos a tener que dejar aquí... no sé si alguien quiere hacer alguna pregunta.

Público: Has comentado que también impartes clases, ¿de qué en concreto?

Adriana Olmedo: De dramatización infantil, de teatro para adultos, de teatro musical, de una especie de técnica vocal —aunque no es exactamente eso— que consiste en explicar cómo debe ser la expresión al interpretar las canciones... Todo relacionado con el teatro.

Adriana Olmedo: Por último —y para terminar— os voy a cantar una canción titulada *Haciendo daño*, que refleja un poco este carácter mío algo pesimista. Seguro que conocéis la historia del escorpión que pide ayuda a una rana para cruzar un río, y a mitad del camino le pica y se ahoga... Pues esta canción habla un poco de la humanidad, de que somos así por naturaleza, un poco escorpiones (que nos ahogamos por matar...), con esa naturaleza autodestructiva...

226

[Suena la canción. Aplausos].

Y con la voz de Adriana Olmedo, cantando con su guitarra, pusimos fin a esta velada musical.

